

Para Entrenar a Un Niño

por

Michael y Debi Pearl

Michael y Debi Pearl

1000 Pearl Road

Pleasantville, TN 37033

Estados Unidos de América

Introducción

Este no es un libro sobre disciplina ni sobre hijos problemáticos. Se pone énfasis sobre el entrenamiento que el niño debe recibir antes de que se presente la necesidad de disciplinar. Es evidente que, aunque esperan obediencia, la mayoría de los padres nunca intentan entrenar a su hijo para que obedezca. Esperan hasta que su conducta se vuelve intolerable y luego estallan. Si se da el entrenamiento apropiado, la disciplina puede reducirse al 5% de lo que muchos actualmente practican. Conforme llegues a entender la diferencia entre entrenamiento y disciplina, adquirirás una nueva visión para tu familia—sin gritos, sin pleitos, sin malas actitudes, con menos nalgadas, habrá un ambiente alegre en el hogar y tus hijos serán completamente obedientes.

Cualquier padre o madre con un nivel de madurez emocional superior al de un joven de trece años, con una visión correcta y el conocimiento de la técnica, puede criar hijos felices y obedientes. Esto no es una teoría; es una realidad práctica que ha sido aplicada con éxito vez tras vez.

Una pareja que conocemos estaba abrumada por el conflicto de sus tres hijos pequeños. Después de pasar un fin de semana con nosotros, escuchando algunos de estos principios, cambiaron sus tácticas. Una semana después exclamaron: “No lo podemos creer; fuimos a casa de unos amigos y cuando les pedimos a nuestros hijos que hicieran algo, obedecieron de inmediato y sin objeción.”

Estas verdades no son descubrimientos nuevos y profundos procedentes del mundo de la investigación profesional, sino más bien los mismos principios que usan los mennonitas para entrenar sus tercas mulas; la misma técnica que utiliza Dios para entrenar a sus hijos. Son profundamente sencillos y extremadamente obvios. Después de examinarlos con nosotros, dirás: “Yo ya sabía esto. ¿Cómo es posible que se me escapara? Es tan obvio.”

COPYRIGHT © 1994

Michael Pearl

Primera tiraje en inglés: Agosto 1994

Primer tiraje en español: Abril 2002

MÁS DE 310,000 EJEMPLARES IMPRESOS

Las citas Bíblicas son de la versión
Reina-Valera 1960
a menos que se especifique lo contrario

Este libro no hubiera sido posible sin los muchos amigos quienes irreflexivamente y sin saberlo en el momento, contribuyeron con los abundantes ejemplos contenidos en estas páginas. Jamás se imaginaron que su manera de ejercer su función de padres estaba siendo estudiada y documentada.

A todos los niños que se llaman Juanito, les pido una disculpa. Era preciso usar algún nombre para dejar en el anonimato a todos los demás.

Aun cuando la mayor parte del texto lleva el nombre de Michael, y una porción menor el de Debi, no obstante, Debi jugó un papel constante como crítica y editora. Muchas de las ideas creativas fueron de ella. Sin ella yo no hubiera podido tener éxito como padre, ni escribir este pequeño libro sobre el tema.

Esta edición en español va con el deseo de que estas lecciones que han gozado de tan amplia acogida por los lectores norteamericanos, puedan llegar a bendecir también a la comunidad de habla hispana.

Nuestros hijos ahora son adultos. Rebekah se ha casado. Los otros cuatro siguen aferrados al hogar, formándose para que les rasquemos la espalda o les demos de comer. Todo va cada vez mejor. Lo único que nos falta son los nietos. Actualmente Rebekah es nuestra única esperanza en ese sentido.

Michael y Debi Pearl

Contenido

Para Entrenar a Un Niño	1
La Naturaleza Infantil	13
El Enojo de los Padres	21
Trenzando Hilos	25
La Vara	33
Utilización de la Vara	43
La Filosofía de la Vara	47
Sujeción Selectiva	49
Ejemplos de Entrenamiento	53
Entrenamiento en Seguridad	62
Entrenando para Usar el Baño	66
Mano de Obra Infantil	69
Entrenamiento de Actitudes	72
Control de las Emociones	79
Entrenamiento Contra Desenfreno	82
El Bravucón	84
Latigazos Religiosos	86
Imitaciones	88
La Educación en el Hogar No Produce Necios	90
Personal	92
Conclusión	101

CAPÍTULO 1

Para Entrenar a Un Niño

PÉGALE A TU HIJO

Cuando les dices a algunos padres que es necesario que les peguen a sus hijos, contestan: “Les pegaría si hubiera un pegamento suficientemente fuerte.” Yo he tenido en mi casa niños capaces de provocarle un colapso nervioso a un molino de trigo eléctrico. Sus padres parecían prófugos de algún vagón de ferrocarril polaco de la Segunda Guerra mundial. Una hora más con esos niños y yo hubiera estado buscando vasectomías en oferta en la Sección Amarilla. Mientras nosotros intentábamos platicar los niños estaban continuamente entrando y saliendo, dando quejas de los abusos de los otros, rogando que ya se los llevaran o que los dejaran o que les dieran de comer, o exigiendo algún juguete que otro niño no quería soltar. La mamá tenía que pararse continuamente para rescatar algún objeto frágil. Dijo “No” seiscientos sesenta y seis veces en espacio de dos horas. Le pegó a cada niño dos o tres veces—generalmente con la mano y por encima del pañal. Aparte de causarle al niño una desviación de la columna vertebral, no parecía haber tenido ningún efecto.

Cuando hablamos de responder consistentemente ante toda transgresión con un azote (no un golpe de karate a la columna lumbar), lo único que pueden imaginar algunas madres es que van a maltratar aún más a los niños sin que surta ningún efecto. La única disciplina que conocen consiste en poner suficiente distancia entre ellos y los niños como para que les permita terminar la siguiente tarea. No albergan ninguna esperanza de conquistar la voluntad del muchacho. Sólo desean crear suficiente distracción para cumplir con su propia misión.

Otra madre llegó a mi casa con sus pequeños y se sentó a platicar. Les dijo a los hijos: “Váyanse a jugar y no molesten a Mamá a menos que necesiten algo.” Durante las siguientes dos horas ni siquiera estábamos conscientes de la presencia de los niños—excepto cuando la pequeña entró diciendo: “Pipí, Mamá.” Jugaron muy bien juntos, resolvieron sus propios conflictos, y no esperaban que se les atendiera cuando una de las niñas se cayó del caballito mecedor y se hizo un chipote en la cabeza. No estuvieron entrando y saliendo—se les había dicho que no lo hicieran.

Esta madre nunca les pegó a sus hijos mientras estuvo en mi casa ni tampoco hubo necesidad de que los reprendiera. Se le veía descansada. Cuando les llamó a los niños para irse a casa, uno de ellos preguntó: “Mamá, ¿Puedo quedarme para jugar con Shoshanna?” Mamá contestó: “No, hoy no. Tenemos trabajo en la casa.” Levantó los brazos y su mamá lo

recogió. Echando los brazos alrededor del cuello de su mamá dijo: “Te amo, Mamá.”

Esta madre joven me dijo: “Mis hijos desean agradarme. Se esfuerzan tanto por hacer todo lo que les ordeno. Nos deleitamos tanto juntos.” Ella espera tener más hijos. Son el gozo de su vida.

Por la gracia de Dios, y mediante los principios bíblicos sencillos que se encuentran en estas páginas, con determinación y un corazón abierto, esta madre ha criado hijos que le han dado gozo y honra.

ENTRENAMIENTO EN OBEDIENCIA

El entrenamiento no necesariamente requiere que el entrenado sea capaz de razonar; incluso se puede entrenar a ratones y ratas para que respondan a determinados estímulos. El entrenamiento meticuloso puede lograr que un perro llegue a ser perfectamente obediente. Si un perro lazarillo puede ser entrenado para conducir confiablemente a un ciego entre los obstáculos en la calle de una ciudad, ¿no deben los padres esperar mucho más de un niño inteligente? Se puede entrenar a un perro para que no toque un bocado codiciable que se ha colocado frente a él. ¿No se podrá entrenar a un niño para que no toque? Se puede entrenar a un perro para que venga, se siente, esté quieto, se calle o traiga un objeto, según la orden. Quizá no hayas entrenado tan bien a tu perro, sin embargo, todos los días hay quien lo logra con los canes más tontos. Hasta un torpe adolescente puede ser entrenado como entrenador eficaz en una escuela de obediencia para perros.

Si esperas hasta que tu perro manifieste una conducta inaceptable antes de reprenderlo (o patearlo), tendrás un can intimidado que andará siempre con la cola entre las patas, buscando qué maldad puede hacer antes de que le vuelvan a gritar. Cuando falta el entrenamiento, es tan inútil regañar y azotar a un niño para conseguir una conducta aceptable como lo sería con el perro. Ninguna cantidad de disciplina puede compensar la falta de entrenamiento.

El entrenamiento adecuado siempre funciona en todos los niños. Ser negligente con el entrenamiento es crear circunstancias lamentables para ti y para tu hijo. Muchos por ignorancia han omitido el entrenamiento, esperando que la disciplina por sí sola produzca una conducta correcta. No ha dado resultado.

“¡AAAAAATENCIÓN!

Cuando los jóvenes testarudos se alistan en el ejército, lo primero que se les enseña es a estar firmes sin moverse. Todas esas horas de marcha en formación están diseñadas para enseñar y reforzar la sumisión de la voluntad. “¡Atención!” —que se pronuncia: “¡AAAAAATENCIÓN!”— es la primera orden de todas las maniobras. Imagina qué alivio si pudieras conseguir la atención concentrada y absoluta de todos tus hijos con una sola orden. El sargento puede dar la orden de estar firmes y luego ignorarlos sin más explicación, y permanecerán rígidos en esa posición hasta desmayar. Las maniobras: “Flanco derecho, Flanco izquierdo, Pelotón—Alto” no

tienen ningún valor en la guerra sino como medio para condicionar a los hombres para una obediencia instantánea e incondicional.

Como en el ejército, todas las maniobras en el hogar comienzan con un llamado a la atención. El 75% de todos los problemas de disciplina en el hogar se resolverían si pudieras conseguir instantáneamente la atención silenciosa de tu hijo. “MEDIA VUELTA—¡YA!,” traducido al idioma de la familia sería: “Sal del cuarto,” o “Vete a dormir.” Sin más, darían media vuelta y saldrían. Esto es normal en la familia bien entrenada.

“OOOOH, CABALLO”

Nosotros vivimos en una comunidad que usa caballos y carruajes, donde siempre hay alguien adiestrando a un caballo nuevo. Cuando uno se sube a un carruaje para transitar en una carretera angosta y sinuosa, por la que circulan camiones pesados, es imprescindible contar con un caballo totalmente sumiso. No te puedes atener a obligarlo a obedecer a latigazos. Basta un error para llevar a la muerte a toda una familia.

Lo primero que se le enseña al caballo es a estar quieto y dejarse sujetar. No debe temer al freno ni al arnés. Debe permanecer quieto mientras trece niños pasan frente a las ruedas de acero para subir al carruaje. Cuando se detiene junto a la carretera para esperar que se despeje el tráfico, no debe ejercer su propia voluntad para atravesarse al paso de un veloz camión de 40 toneladas.

El entrenamiento del caballo lo prepara para responder correctamente ante todas las situaciones que pudiera llegar a enfrentar. Este entrenamiento se realiza en un ambiente controlado donde se crean circunstancias que prueben y condicionen las respuestas del caballo. Esto se logra, haciéndolo practicar diversas maniobras. Para enseñarlo a detenerse, al tiempo que se sostiene el freno y guía al caballo, se le dice: “Ooooh,” y se le detiene. Puesto que se le tiene sujetado por el freno, tiene que detenerse. Después de pocos minutos el caballo se detendrá con la sola orden.

El entrenador determina el tono de voz al cual el caballo responderá. Si hablas en un tono normal, el caballo obedecerá. Si le gritas “¡OOOOH!” entonces en el futuro el caballo no se detendrá a menos que la orden le sea gritada de la misma manera. Un granjero entrenó así a sus caballos con gritos salvajes y furiosos. La mayoría de sus vecinos, quienes hablan suavemente a sus propios caballos, encontraban gran dificultad para controlar los del vecino, pues encuentran difícil pegar tales gritos.

SÓLO HÁBLAME

Yo estaba arrastrando troncos con una mula de 700 kilos que a veces quería salir corriendo con todo y tronco. En momentos de tensión (la realidad es que me moría de pánico), me ponía a GRITAR las órdenes desesperadamente. El dueño me aconsejaba pacientemente: “Háblale con calma y sin

gritos o no te va a hacer caso.” Jamás dominé el arte de decirle “Oooh” calmadamente a una mula desbocada que arrastra un tronco de roble blanco de ocho metros, con mi pie atorado en la cadena del tirante. El punto que hay que recordar es que el animal aprende a identificar, no solamente el sonido, sino también el tono de voz.

Si alzas la voz al darle una orden a tu hijo, él aprenderá a asociar tu tono de voz y la intensidad con tu intención. Si lo has entrenado para que responda a un rugido, no lo culpes si ignora tus primeras trece “sugerencias” mientras espera el tono frenético que él interpreta como una verdadera orden.

INSTRUIR, NO DISCIPLINAR

“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él (Proverbios 22:6).” Instruir con entrenamiento, no golpes. Instruir con entrenamiento, no disciplina. Instruir con entrenamiento, no educación. Instruir con entrenamiento, no “afirmaciones positivas.” El entrenamiento es el elemento más frecuentemente omitido en la crianza de los hijos. El niño necesita más que “entrenamiento en obediencia,” pero sin esto la disciplina será insuficiente.

Los padres no deben esperar para iniciar el entrenamiento hasta que la conducta del hijo se vuelva inaceptable. Eso sería disciplinar. Entrenamiento no es disciplina. Disciplina es parte del entrenamiento, pero es insuficiente por sí sola para producir una conducta correcta. Entrenar es acondicionar la mente del niño antes de que surja la crisis. Es preparación para una futura obediencia instantánea y sin cuestionar. El atleta se entrena antes de competir. Los animales, incluso los salvajes, son adiestrados para responder a las órdenes de la voz del entrenador.

La frustración que experimentan los padres se debe a que no dan entrenamiento. Su problema no es que tengan hijos “malos,” sino entrenamiento malo. Los “obstinados,” los hiperactivos, los altamente inteligentes, y los que fácilmente se aburren, todos necesitan entrenamiento, y el entrenamiento es efectivo en todos los casos.

Hay que entender que aquí no estamos hablando de producir niños piadosos, sino sencillamente niños felices y obedientes. Los principios para entrenar a los niños pequeños para que obedezcan instantáneamente se pueden aplicar por cristianos y por no cristianos. Conforme crecen los niños, el carácter y la enseñanza del entrenador va jugando un papel más importante.

ENTRENAR PARA NO TOCAR

El entrenamiento de un niño puede traer gran satisfacción. Es fácil, sin embargo representa un reto. Cuando mis hijos comenzaron a gatear (en el caso de uno de ellos, rodar) de un lugar a otro, inicié con sesiones de entrenamiento.

Inténtalo tú mismo. Coloca un objeto atractivo a su alcance, quizá en un “rincón prohibido” o en una mesa de centro. Cuando lo vea y se lance

sobre él, di en voz calmada: “No, no toques eso.” Como ya conoce la palabra “No,” se detendrá por un momento, te mirará con asombro, luego se dará la vuelta y tomará el objeto. Dale en la mano con la varita una vez y simultáneamente di: “No.” Recuerda, no estás disciplinando, estás entrenando. Un golpecito con la varita es suficiente. Enseguida retirará la mano y considerará la relación entre el objeto, su deseo, la orden y el dolorcito que lo refuerza. Puede ser necesario repetirlo varias veces, pero si eres consistente, aprenderá a obedecer siempre, aun en tu ausencia.

PLANTA TU ÁRBOL EN MEDIO DEL HUERTO

Cuando Dios quería “entrenar” a sus primeros dos hijos para que no tocaran, no colocó el objeto prohibido fuera de su alcance, sino que plantó “*el árbol del conocimiento del bien y del mal*” precisamente en “*medio del huerto* (Gn. 3:3).” Como estaba en medio del huerto, estarían expuestos a la tentación con más frecuencia. El propósito de Dios no era proteger el árbol, sino entrenar a la pareja.

Observa que el árbol no sólo era del “conocimiento del mal,” sino, “*conocimiento del bien y del mal.*” Mediante el ejercicio de su voluntad para abstenerse de comer, hubieran aprendido el significado de “*bien*” además del significado de “*mal.*” Comer de ese árbol no era la única manera de llegar al conocimiento del bien y del mal, sino un camino más corto pero prohibido.

La colocación de un objeto prohibido al alcance del niño, para luego hacer cumplir la orden de no tocarlo, permite al niño adquirir conocimiento del **bien y del mal** desde la perspectiva de un vencedor cada vez que pasa cerca del objeto prohibido (su “árbol del conocimiento del bien y del mal”). Así como con Adán y Eva en el huerto, el objeto y el tocarlo en sí mismo tiene poca importancia. Pero al acompañar una orden se convierten en una “fábrica” moral en la que se forja el carácter. Al obligarlo a cumplir, tu hijo aprende acerca de gobierno moral, deber, responsabilidad, y en el caso de que falle, a rendir cuentas, recompensas y castigo. Al mismo tiempo, también está aprendiendo a no tocar, lo cual hará que la vida social del niño sea mucho más placentera.

Sólo se requiere de unos cuantos minutos para entrenar a un niño para que no toque determinado objeto. A la mayoría de los niños se les puede conducir a una sujeción completa y gozosa en sólo tres días. De ahí en adelante, si sigues siendo fiel, el niño seguirá siendo feliz y obediente. Al decir obediente quiero decir que jamás será necesario decirles dos veces. Si esperas recibir obediencia inmediata y los entrenas con ese fin, tendrás éxito. Se requerirá de tiempo adicional para entrenar, pero una vez que los niños estén bajo sujeción, el tiempo ahorrado será extraordinario. Algunos dicen: “Haz tu casa a prueba de niños,” yo digo: “Haz tu niño a prueba de casas.”

SITUACIONES DELICADAS

¿Alguna vez has sido víctima de manitas curiosas? El niño pequeño, aún antes de caminar, ya tiene un ávido deseo de arrebatar cualquier objeto

de interés. Esto no es ninguna culpa de él, pero a veces es muy molesto. Cuando estás cargando a un bebé que insiste en arrebatar tus anteojos, no le puedes explicar que esa conducta inapropiada es socialmente inaceptable. El pequeño aún no es motivado por el temor al rechazo. Así que, ¿intentas sujetarlo para que no pueda alcanzar tu cara? No, lo entrenas para que no toque. Una vez que hayas entrenado a un bebé para que responda a la orden “No,” tendrás control sobre toda situación en la que se aplique una prohibición.

Prepara circunstancias para entrenar. Por ejemplo, coloca al niño donde pueda alcanzar fácilmente tus anteojos. Míralo directamente a los ojos. Cuando extienda su mano para tomarlos, no te retires. No te defiendas. Di: “No” calmadamente. Si acaso, baja la voz, no la alces. No hables con más seriedad de lo habitual. Recuerda que estás estableciendo el patrón vocal que será utilizado durante toda su juventud. Si extiende su mano para tomar tus anteojos de nuevo, di: “No,” y acompaña la orden con un leve dolor. Él retirará la mano, tratando de explicarse la relación entre tocar los anteojos y el dolor que siente. (Generalmente yo sólo daba un golpecito en su manita con mi dedo índice. Nunca he visto que esto haga llorar al niño. Ni siquiera sabe que fui yo quien lo hizo. Piensan que fueron los lentes o posiblemente el “No” lo que ocasionó el dolor.) Invariablemente volverá a la carnada para poner a prueba su nueva teoría. Efectivamente, los anteojos ocasionan dolor de nuevo y el dolor se acompaña de un suave “No.” Posiblemente se requieran uno o dos intentos más para que abandone su carrera de arrebataador de anteojos, pero sí lo dejará.

Mediante este proceso el niño llega a asociar el dolor con la palabra “No.” Llega el momento en que basta tu palabra para conseguir obediencia.

Mediante esta clase de entrenamiento temprano puedes evitar que asalte a su madre con un biberón tomado por la mamila. Lo mismo se aplica para evitar que te jalen el cabello o la barba. Cualquiera que sea la situación, el niño puede aprender a obedecer. ¿Quieres luchar con él durante toda su juventud, regañándolo para que se someta, amenazándolo, colocando las cosas fuera de su alcance, temiendo su siguiente travesura? ¿No sería mejor invertir un poco de tiempo para entrenarlo? Si no ganarás ningún otro beneficio, el entrenamiento representará un ahorro de tiempo.

Conozco a una madre que tiene que contratar a una niñera para poderse meter a la regadera. Deberías poder tomar una siesta y encontrar la casa en orden cuando despiertes.

ENTRENAMIENTO EN OBEDIENCIA—BEBÉS MORDELONES

Una experiencia particularmente dolorosa para la madre lactante es el bebé que muerde. Mi esposa no perdió tiempo para encontrar un remedio. Cuando el bebé mordía, ella le jalaba el cabello (habrá que buscar una alternativa para los bebés sin pelo). Entiendan, al bebé no se le está castigando, sólo condicionando. El bebé aprende a no picarse los ojos o morderse la lengua debido a las sensaciones negativas que acompañan a esto. No

requiere de entendimiento ni de razonamiento. En alguna parte del cerebro se archiva esa información inconscientemente. Después de morder dos o tres veces, y sentir el dolor que acompaña a cada mordida, el niño registra esa información para su propia comodidad. El hábito de morder ha sido curado antes de que se inicie. Esto no es disciplina, sino entrenamiento para obedecer.

ENTRENAMIENTO PARA OBEDIENCIA—PLATOS Y BEBÉS

La madre con dificultad sostiene su plato de cereal con el brazo extendido mientras lucha con el bebé para dominarlo. Cuando ella coloca el plato fuera del alcance del bebé, lo que le está enseñando es que lo prohibido es sólo lo que está fuera de su alcance. Para entrenarlo, coloca el plato donde lo alcance fácilmente. Cuando intente tomarlo, di: “No,” y dale un golpecito en la mano. Retirá su mano, sorprendido por un momento, luego lo intentará de nuevo. Repite el proceso diciendo “No” con voz calmada, y dando un golpecito en la manita. Después de hacer esto varias veces, podrás comer tranquilamente.

Después de responder varias veces al golpecito y la palabra “No,” muy pronto la orden verbal sola será suficiente para controlar la conducta del niño. Recuerda, no se le está castigando al bebé, sino condicionándolo. El golpecito no es sustituto de la vara. Simplemente es un refuerzo en el entrenamiento para obedecer.

VEN CUANDO TE LLAME

Un padre cuenta acerca de sus sesiones de entrenamiento con cada uno de sus bebés. Aparta una tarde para una mini sesión militar de entrenamiento intensivo. Al niño de 10 a 12 meses se le deja solo para que juegue absorto con un juguete u objeto fascinante. Desde el otro lado del cuarto o desde un cuarto contiguo, el padre llama al niño. Si éste no hace caso, el padre va a donde está el niño y le explica la necesidad de venir inmediatamente cuando se le llame, y luego lo hace dar pasos de obediencia, llevándolo hasta el lugar de donde le llamó.

Se le regresa al juguete y se le deja solo el tiempo necesario para que se vuelva a interesar profundamente. El padre llama de nuevo. Si el niño no hace caso, el padre le explica nuevamente y repite el ensayo de la respuesta esperada. El padre, una vez que se asegura de que el niño entiende lo que se espera de él, nuevamente va y llama al niño. Esta vez, si el niño no responde de inmediato, el padre administra uno o dos varazos y luego continúa con el ejercicio hasta que el niño responda rápidamente al llamado. De ahí en adelante, mientras el hijo viva en casa, los padres pueden esperar que el niño deje todo y venga cada vez que le llamen. Mientras los padres sean constantes, el niño obedecerá constantemente. Este “entrenamiento en obediencia” se realiza con apacible paciencia. Los varazos no son castigo. Sirven para agregar peso a tus palabras.

NUNCA ES DEMASIADO PEQUEÑO PARA SER ENTRENADO

El recién nacido muy pronto requiere entrenamiento. Los padres que posponen el entrenamiento hasta que el niño tenga edad para comentar asuntos o recibir explicaciones, descubrirán que su hijo es un terror mucho antes de que pueda entender el significado de la palabra.

La madre intenta acostar a su bebé en la cuna, éste se pone tieso, toma aire y pega el grito. Ha comenzado en serio la guerra por el control. Alguien va a ser condicionado. O la ternura de la madre cederá ante las exigencias egoístas del niño (entrenando así al niño para que lllore para salirse con la suya), o se le deja llorar (para que aprenda que es inútil llorar). El llanto es el único medio que tiene el bebé para comunicar al mundo exterior una genuina necesidad física. Pero el llanto para manipular a otros y someterlos a servidumbre constante nunca debe ser premiado. Si lo haces, reforzarás el creciente egoísmo del niño que finalmente llegará a ser socialmente intolerable.

PASOS HACIA LA OBEDIENCIA

Una de nuestras niñas que desarrolló movilidad muy tempranamente, tenía una fascinación por subir escaleras. A los cinco meses no tenía entendimiento como para castigarla por desobediencia, pero por su propio bien intentamos entrenarla mediante la orden verbal de “No” combinada con ligeros golpecitos en la pierna para que no subiera las escaleras. Utilizamos una varita de sauce de 30 cm. de largo y 7 mm. de diámetro.

Era tal su fascinación por subir la escalera que seguía escalando a pesar de las vareadas. Se supone que los varazos deben funcionar, pero parecía que a su temprana edad su cerebritito no podía comprender la asociación. Así que coloqué la varita en el primer escalón. Después observamos que gateaba hasta las escaleras e iniciaba el ascenso, sólo para detenerse en el primer escalón, contemplando la varita. Se alejó y no volvió a intentar subir la escalera, aun cuando quitamos la varita.

DISCIPLINA EXCESIVA

Las medidas disciplinarias pueden llegar a ser excesivas y opresivas si olvidas la herramienta del entrenamiento y esperas que la disciplina por sí sola logre entrenar. Observé a un padre soberbio y severo que gobernaba a sus hijos con mano firme, asegurándose de que todos se dieran cuenta de ello. Usaba su vara ante la menor provocación, especialmente en presencia de la visita. Sus hijos temblaban ante su presencia, temiendo causar su disgusto. Yo me preguntaba por qué, si era tan firme y constante para exigir obediencia, no lo había conseguido antes de que tuviera público. Me quedé impresionado, pero no en el sentido que él esperaba.

Salvo en el caso de los bebés muy pequeños, el entrenamiento en el hogar elimina casi por completo la necesidad de disciplinar en público. No

obstante, si llegara a presentarse la necesidad de disciplinar en público, sé discreto con tu disciplina y luego ve a casa y entrena para que nunca te vuelvas a encontrar en tan difícil situación.

EL ENTRENAMIENTO DEL TESTARUDO NIÑO MENONITA

Mientras me encontraba sentado, platicando con un hombre menonita de la localidad, se presentó una típica sesión de entrenamiento. El niño de doce meses, que estaba sentado en el regazo de su padre, súbitamente sintió el impulso de deslizarse al piso. Como el piso estaba frío, el padre le indicó al niño que permaneciera en su regazo. El niño se puso tieso y echó los brazos hacia arriba para zafarse y deslizarse al suelo. El padre le habló en alemán (yo no entendí), y firmemente lo volvió a sentar. El niño emitió ruidos de protesta y siguió intentando bajar del regazo de su papá. El padre entonces le pegó al niño y le habló lo que supuse era una reprimenda. Viendo a su madre al otro lado del cuarto, el niño empezó a llorar y a extender las manos hacia ella. Eso se entiende en cualquier idioma. Era obvio que el niño sentía que gozaría de más libertad con su madre.

A esta altura sentí un gran interés en seguir el proceso. El niño intentaba evadir la cadena de mando. Casi cualquier padre se hubiera sentido feliz de pasarle el niño problemático a la mamá. Si se le hubiera permitido al niño iniciar el traspaso, él hubiera sido el que estaba entrenando, y no los padres. En estas situaciones la madre suele correr al auxilio del niño porque apetecen la satisfacción de sentirse necesarias. Pero a esta madre le interesaba más el entrenamiento de su hijo que sus propios sentimientos. Parecía no escuchar las súplicas del niño.

El padre entonces giró al niño sobre su regazo para evitar que viera a su madre. El niño tenaz inmediatamente comprendió que ya se habían trazado las líneas de combate. Expresó su intención de dominar, echando su pierna de nuevo hacia el otro lado para mirar a su madre. El padre le pegó al niño en la pierna que había echado hacia su mamá y nuevamente le habló.

Ahora la batalla estaba en su apogeo. Uno de los dos iba a someter su voluntad al otro. El padre confirmaría que este niño de un año podía gobernar a sus padres, o los padres confirmarían su autoridad. Estaba en juego la felicidad de todos, además del alma del niño. El padre era suficientemente sabio para saber que se trataba de una prueba de autoridad. Este episodio que había comenzado como “entrenamiento para obediencia” había pasado a ser “disciplina para corregir la actitud.”

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, el niño echó la pierna hacia el otro lado 15 veces y cada vez el padre la regresaba y le pegaba. El padre estaba tan tranquilo como una hamaca meciéndose un domingo por la tarde. Su reacción no denotaba impaciencia ni enojo. No tomó la desobediencia como algo personal. Él había entrenado a muchos caballos y mulas y conocía el valor de la perseverancia paciente. Al final, el niño de doce

meses sometió su voluntad a su padre, se quedó como fue colocado y se contentó—hasta se puso feliz.

Algunos dirán: “Pero yo no podría soportar eso emocionalmente.” A veces resulta difícil y molesto hacer a un lado tus sentimientos con tal de entrenar al niño. Sí representa un sacrificio emocional. Sin embargo, ¿qué es el amor sino sacrificio? Cuando sabemos que redundará en beneficio temporal y eterno para el niño, es un gozo en lugar de sacrificio.

Si sabes que eres iracundo o impaciente, pudieras estar cargando con una culpabilidad que te impide ser enérgico en la disciplina de tu hijo. Quizá temes que tu disciplina sea un esfuerzo egoísta por dominar. Por el bien del niño debes resolver tus propias impurezas, ya que si él no recibe entrenamiento constante y fuerte, sufrirá grandemente.

DEBES CONVENCERTE DE DOS COSAS

Primero, casi todo niño pequeño, al menos una vez se rebelará contra la autoridad y decidirá tomar las riendas. Esta obstinación es insondable—asombrosa—impresionante que un niño tan pequeño pueda estar tan dedicado y ser tan perseverante en la rebeldía. Es la clase de determinación que esperaríamos encontrar en el revolucionario endurecido al enfrentar sesiones de adoctrinamiento del enemigo. Aun los padres que han sido entrenados para esperarlo y preparados para perseverar, se quedan asombrados ante la fuerza de la voluntad del pequeño.

Segundo, si eres constante en el entrenamiento, este intento de dominio absoluto se presentará sólo una vez en la vida del niño. Si tú sales victorioso en esa confrontación, sale ganando el niño en el juego del desarrollo de carácter. Si flaqueas y permites que el niño domine, el niño lo perderá todo menos su voluntad de dominar. Por el bien del niño tienes que perseverar.

El gato al que se le impide entrar a la casa casi en toda ocasión, pero que ocasionalmente logra penetrar las barreras, tomará ese éxito ocasional como la mejor motivación para intentar entrar siempre. Sin embargo, si se logra impedirle el paso consistentemente, (100% del tiempo), perderá la voluntad de entrar, aun cuando la puerta se quede abierta. Podrás patearlo, prensarle la cola con la puerta y lanzarlo a 20 metros de distancia, pero si ocasionalmente le permites entrar durante el tiempo necesario para recoger restos de alimento del piso o dormir en el sillón, por siempre jamás se arriesgará a correr baquetas para entrar. Tu maltrato pudiera volverlo suficientemente cauteloso como para obedecer mientras estás en guardia, pero aun así se abalanzará por la puerta cuando vea la oportunidad de hacerlo.

Por otra parte, es posible enseñar a los perros que entren o permanezcan afuera con la sola orden. De nuevo, la clave es constancia. Si el perro aprende mediante acondicionamiento (conducta constante por parte del entrenador), que nunca se le permitirá violar la orden de su

amo, obedecerá siempre. Si los padres entrenan a sus hijos cuidadosa y consistentemente, su conducta será superior a la de un perro lazarillo bien entrenado.

ENTRENAMIENTO NEGATIVO

¿Cuántas veces has observado a los niños en escena en el supermercado? Un pequeñuelo sagaz y tramposo, desde su asiento de mando en el carrito de compras, ejerce sus “derechos del niño” a una auto complacencia sin límites. El padre, intimidado pero sin conocer ningún remedio, le saca la vuelta a los tentadores “árboles del conocimiento del bien y del mal.” ¡Demasiado tarde! El niño ha divisado el objeto de su codicia desenfrenada. Comienza la batalla. El niño conseguirá lo que quiere o le hará la vida insuportable a su padre. De cualquier manera, él es el vencedor.

SUJECIÓN COMPRADA

Un padre relató orgullosamente cómo él había vencido valientemente, prometiéndole al niño un helado si tan sólo se portara bien hasta salir de la tienda. Este tipo de acuerdo negociado sólo afirmará al niño en sus tácticas terroristas. No estás consiguiendo controlar al niño; él está consiguiendo controlarte a ti. Todo niño es entrenado. Algunos de manera descuidada o negligente y otros con grados diversos de premeditación. Toda respuesta de los padres está condicionando la conducta del niño, y por tal motivo está entrenando.

Los padres que compran sujeción mediante promesa de recompensa están convirtiendo a su hijo en un extorsionista al que se le compra protección. El niño se convierte en jefe de la mafia y tú serás el comerciante intimidado. Si estás negociando con un terrorista para conseguir un día más de descanso, te deseo que logres un acuerdo favorable. Pero si estás entrenando a tu hijo, necesitas reconsiderar tus métodos. Si permites que tu hijo te intimide y te obligue a negociar con él, lo convertirás en un sicólogo manipulador.

¿OÍSTE LO QUE TE DIJE?

Observé a un padre que le dijo a su niño pequeño que no tocara cierto objeto. El entrenamiento del niño le había enseñado a no hacer caso a las órdenes dadas en tono suave, y tomó el objeto. En tono irritado el padre ordenó: “Dámelo.” El niño fingió no escuchar. Enojado: “¿Me oíste? ¡Claro que lo oyó! Dáselo a Papá.” Con más enojo: “Juaniiiiito, dáselo a Papá, ¡¡YA!!” Finalmente, otro decibel más alto—impaciente—enojado—amenazador: “¡¡JUANITO!! ¿Te voy a tener que PEGAR?” En ese momento el padre se sintió avergonzado por su tono de voz. Bajó la voz, y en un intento por concluir el asunto, se inclinó y extendió su mano para facilitarle la obediencia a Juanito. Ante la voz airada de su padre y sus ojos que echaban lumbre, Juanito adoptó por el momento la actitud de: “¿Qué más da? Ya habrá otro día.” Pero en lugar de pasarle el objeto al humillado padre, lo

colocó en dirección hacia su padre, pero abajo, junto a su cuerpo, obligando al padre a extenderse aún más para tomarlo. El padre, luciendo como un pobre vasallo al recibir limosna de bondadoso noble, se sometió a la humillación y se estiró para alcanzar el objeto. Luego, en un despliegue de debilidad, el padre lo colocó fuera del alcance del niño.

¿Qué aprendió Juanito con este episodio? Se fortaleció su convicción de que nunca es necesario obedecer una orden a la primera, segunda, tercera ni cuarta vez. Nadie espera que lo haga. Ha aprendido que está permitido arrebatar cualquier cosa que esté a su alcance y conservarla hasta que se caldean los ánimos. Ha aprendido a no respetar la autoridad, sino únicamente la fuerza (ya llegará el día en que él sea el más fuerte). Mediante el ejemplo del padre ha aprendido cómo usar la ira. Al obligar al padre a estirarse para tomar el objeto de su mano, aprendió cómo “tener la última palabra” y sostener su desafío. En efecto ese padre estaba entrenando a su pequeño para que fuera un rebelde.

¿Qué ha aprendido el padre? Ha aprendido que Juanito sólo es un niño “de voluntad férrea;” que los niños pasan por etapas desagradables; que en ocasiones es muy desagradable y penoso ser padre; que uno tiene que vigilar al niño a cada instante y colocar las cosas fuera de su alcance; que lo único que entienden los niños es el enojo y la fuerza. Todo lo cual es falso. El padre está cosechando el fruto de no haber entrenado.